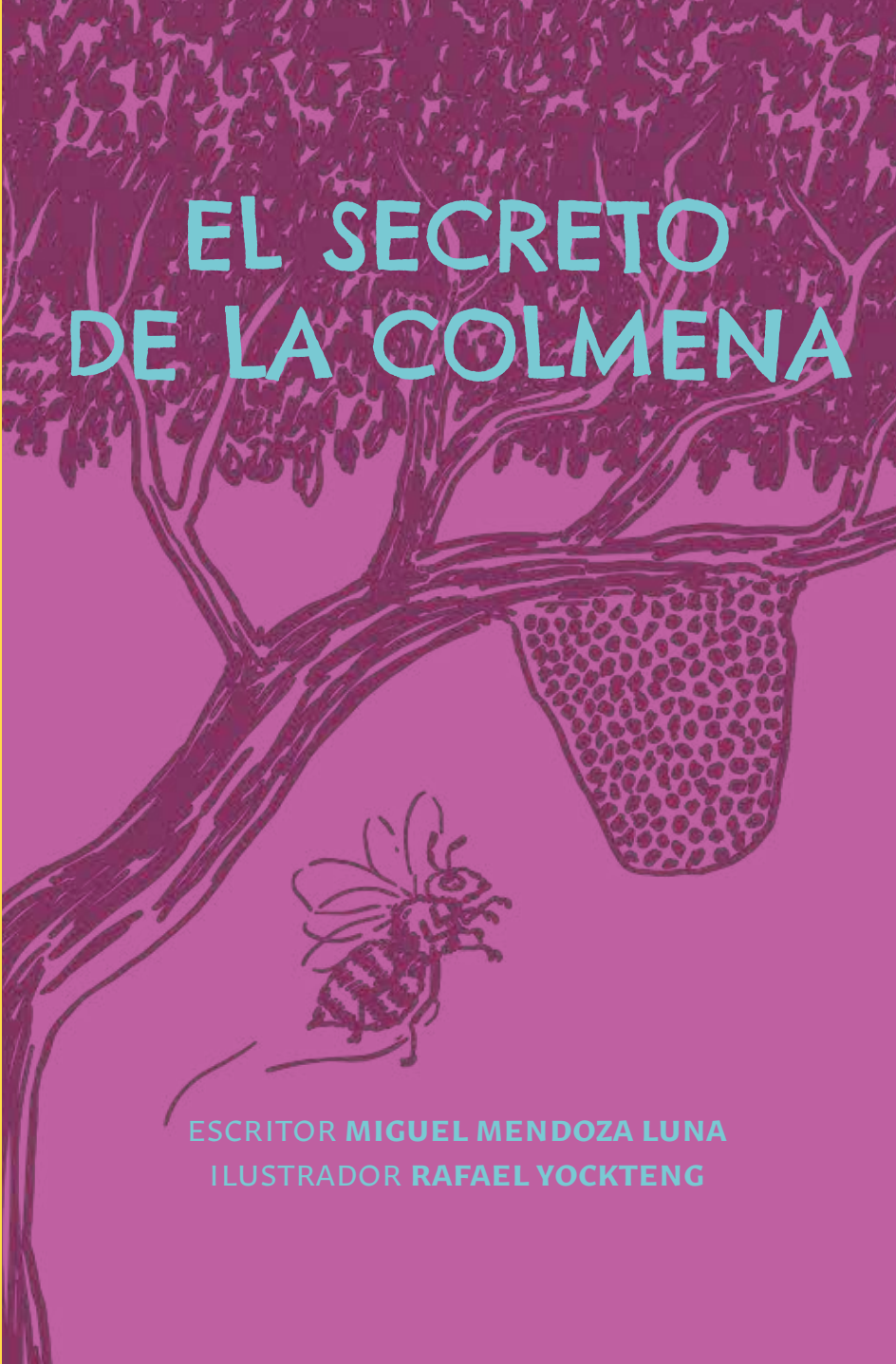
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas

EL SECRETO DE LA COLMENA



ESCRITOR **MIGUEL MENDOZA LUNA**
ILUSTRADOR **RAFAEL YOCKTENG**





EL SECRETO DE LA COLMENA

EL SECRETO DE LA COLMENA



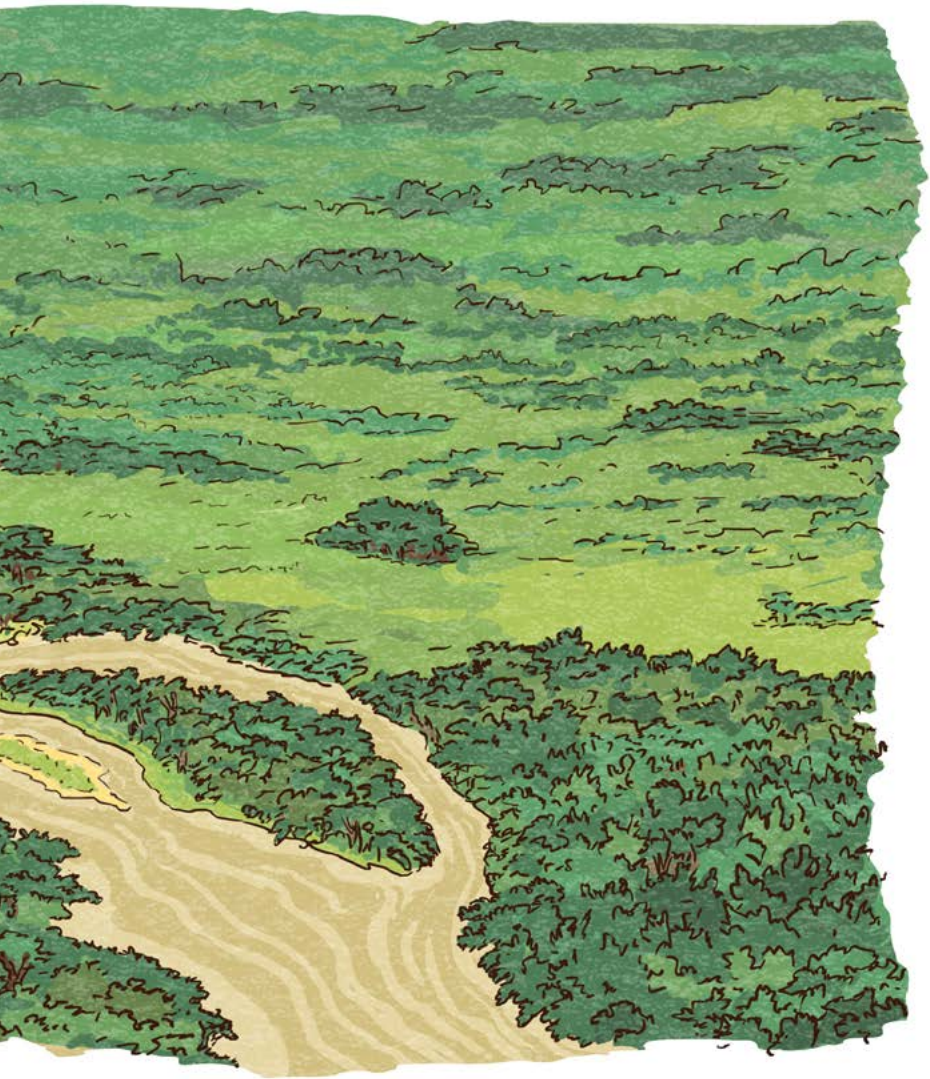
Escritor Miguel Mendoza Luna
Ilustrador Rafael Yockteng

Esta colección es un homenaje a la vida y la memoria de Ana María Cuesta León (QEPD)

Del terror, del dolor, nace Granita, y llegan las abejas como unas salvadoras. Las abejas para mí representan organización. Si nosotros los humanos tuviéramos la organización que tienen las abejas, estaríamos mejor.

EL LEGADO DE LAS ABEJAS







1

Antes le tenía miedo a los humanos, pensaba que todos eran crueles. Algunos de ellos, llamados SIN SOMBRA, arrasaban y quemaban la naturaleza. Yo no entendía por qué le hacían daño a los suyos y por qué destruían sus propias casas y las de los demás seres vivos.

Una niña humana llamada Granita no era así.

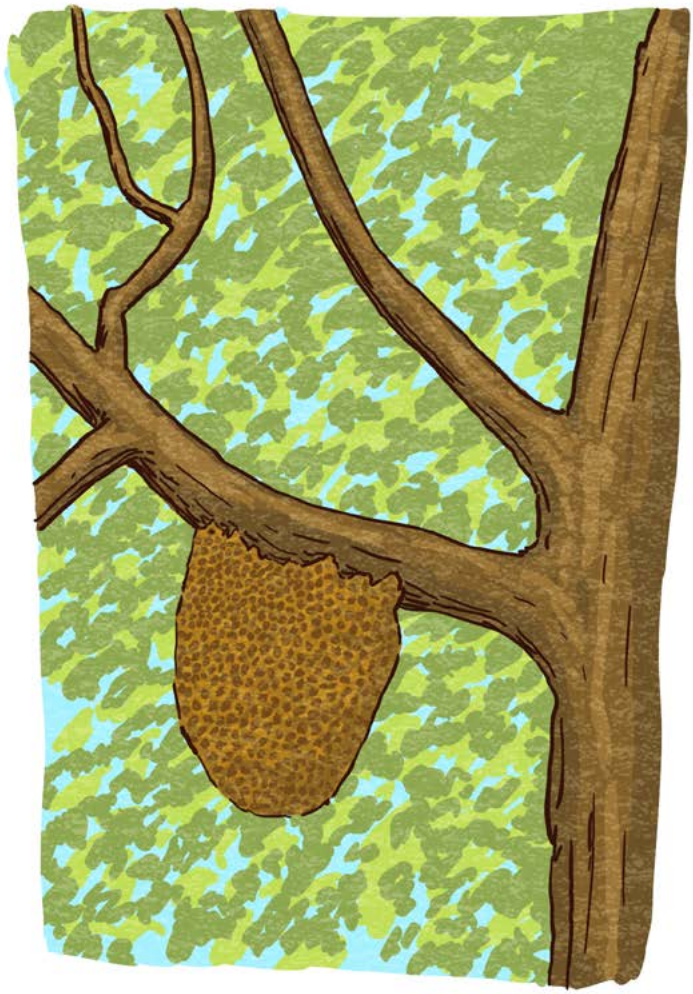


Esa niña me demostró que no todos los humanos eran destructores.

Granita dibujaba y en sus trazos comprendí el verdadero secreto de mi colmena, la del árbol del río Gualabao.

Te contaré cómo la conocí.












2

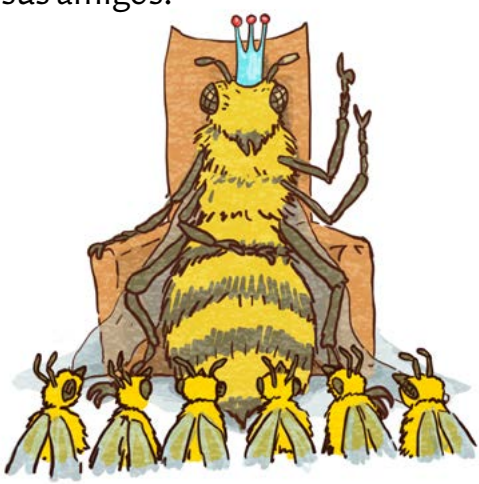
Me llamo Aurelio y mi edad, en tiempo de los humanos, es como de nueve años, que son como veinte días si los mides en el tiempo de las abejas. Suena poco para ti, pero es mucho para mí. O tal vez no tanto, según como lo quieras ver. Nací en una colmena de un árbol del río gualabao, cuya agua es la más sabrosa que exista sobre la Tierra.

Crecí escuchando las enseñanzas de las abejas mayores, en especial de la reina, que era la más vieja de las abejas de mi




colmena. Ella nos enseñó que debíamos estar unidos y protegernos unos a otros. A pesar de que los humanos habían lastimado a muchos de nuestros antepasados y a otros animales, ella insistía en que no todos albergaban sentimientos de crueldad.

—Los humanos olvidaron quienes son en realidad, debemos ayudarlos a recordar —repetía la reina. Alguna vez fuimos sus amigos.



Aunque todos la respetábamos, nadie creía en esas palabras; algunos rumoraban que por ser tan mayor había empezado a decir cosas extrañas. Nadie de la colmena confiaba en los humanos.

Yo tampoco comprendía su mensaje. Pensaba que si me encontraba con un humano, mi vida y la de mi colmena corrían grave peligro, así que debía huir. Mi mamá me había advertido de LOS SIN SOMBRA: «son unos humanos que destruyen todo a su paso. Si te encuentras con uno, vuela lo más rápido que puedas, no mires atrás».

Algunas de las abejas adultas contaban historias de LOS SIN SOMBRA, en las cuales se decía que por culpa de ellos muchas abejas y humanos habían tenido que huir para nunca regresar; otros afirmaban que cientos de familias se habían separado, otros hablaban de pueblos abandonados debido a su presencia, de manglares secos, de páramos desolados, de raptos y desapariciones de jóvenes: «LOS SIN SOMBRA provocan el fuego y las nubes negras de humo todo lo arrasan».

Yo trataba de no pensar en todo eso, prefería creer que nuestra colmena siempre estaría a salvo.








3

Una tarde, mamá me envió a recoger el polen junto a mis muchísimos primos. Mientras todos los demás se concentraban en hacer su tarea, yo me distraje y me alejé del grupo.

Así, sin darme cuenta, terminé entrando en una cueva olvidada por el tiempo.

Una leve luz del exterior me permitió reconocer los sorprendentes dibujos hechos allí por abejas del pasado. En las amarillas paredes, con delicados pero profundos trazos, se contaba la historia





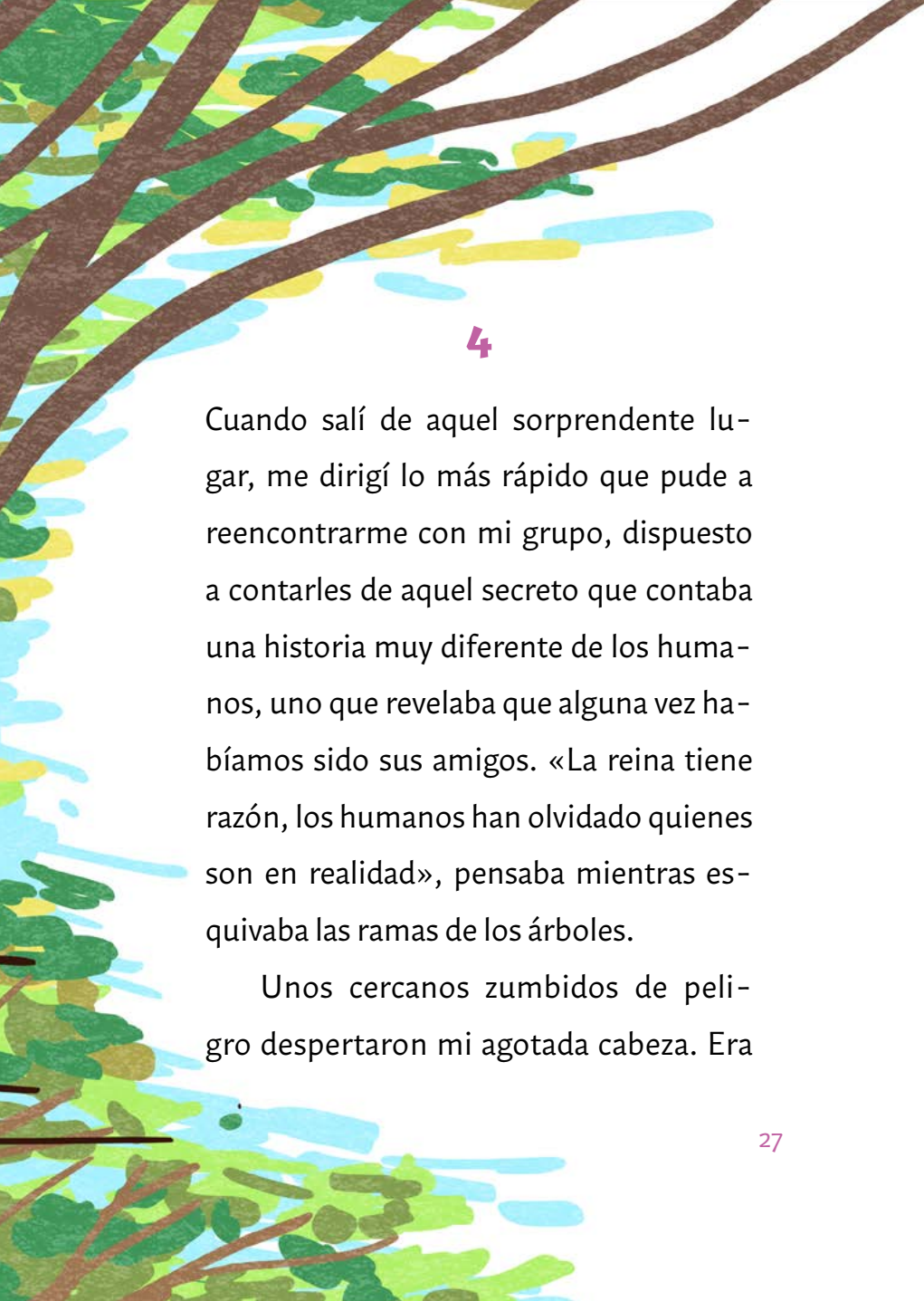
de unas abejas que eran amigas de los humanos y que habían trabajado junto a ellos en armonía.

Cada dibujo representaba una escena donde abejas y humanos se ayudaban. También reconocí unos signos extraños e incomprensibles, supuse que eran parte del lenguaje de los humanos. Al parecer, alguna vez, una abeja había aprendido a entenderlos y pudo plasmar en esas paredes una parte de sus recuerdos.

Allí, frente a mí, estaba una historia secreta, una olvidada, una prueba que demostraba que alguna vez las abejas y los humanos habían trabajado juntos.







4

Cuando salí de aquel sorprendente lugar, me dirigí lo más rápido que pude a reencontrarme con mi grupo, dispuesto a contarles de aquel secreto que contaba una historia muy diferente de los humanos, uno que revelaba que alguna vez habíamos sido sus amigos. «La reina tiene razón, los humanos han olvidado quienes son en realidad», pensaba mientras esquivaba las ramas de los árboles.

Unos cercanos zumbidos de peligro despertaron mi agotada cabeza. Era

la señal de que algo muy malo ocurría en mi colmena. A la distancia, observé cómo todas las abejas huían del humo negro, de las llamas y de los árboles que empezaban a caer.

Algunos humanos con antorchas quemaban el bosque y las casas humanas vecinas.

Eran LOS SIN SOMBRA.



El humo empezaba a lastimar mis ojos, aun así, luchaba por llegar cerca de la colmena para ayudar a mi familia. No obstante, entre el humo y el viento de la noche que empezaba era muy difícil alcanzar mi objetivo. Con un último esfuerzo pude reunirme con un grupo de abejas que intentaba salvar el néctar para conducirlo lejos del fuego. Otras ayudaban a la reina a salvaguardarse del fuego.

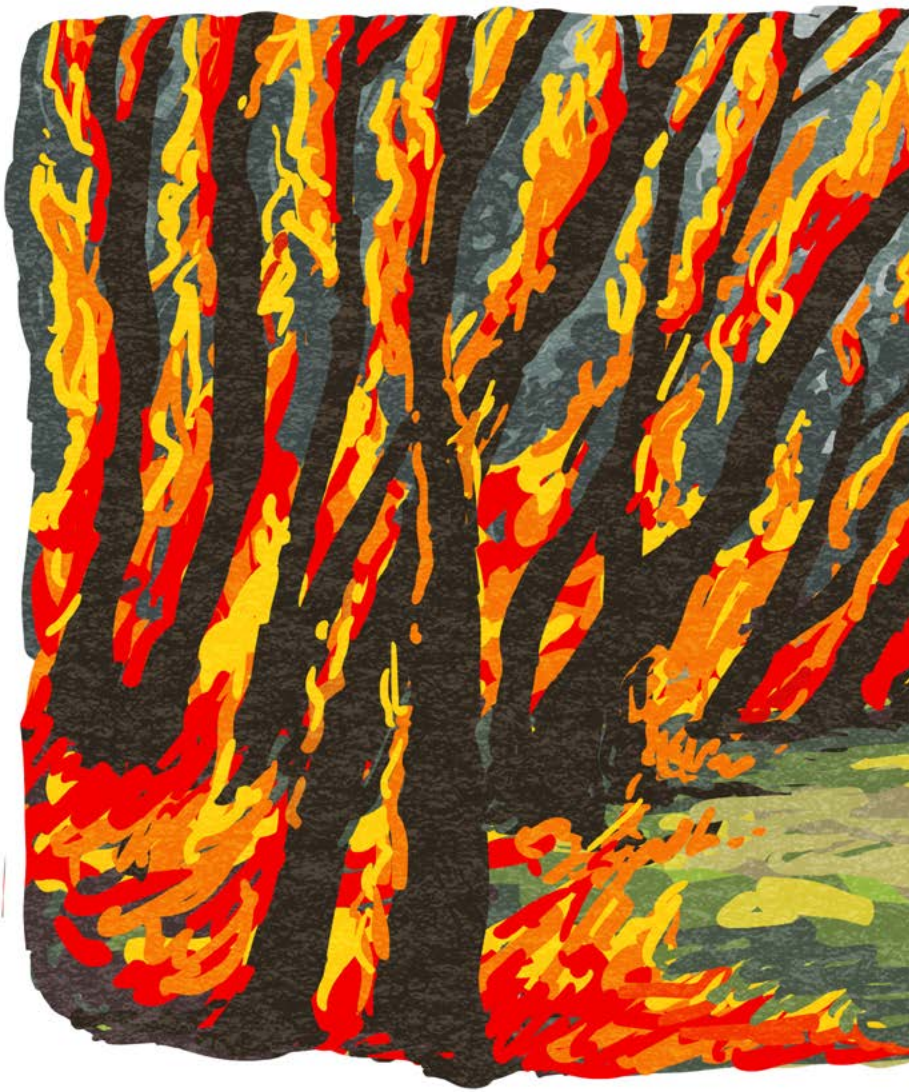
En medio del caos, donde todas las abejas intentaban ayudar o salvarse, me encontré con mi mamá. Ella quería que me alejara cuanto antes, pero yo insistí en permanecer allí. Con las pocas fuerzas

que me quedaban logré ayudar a algunos de los más pequeños a escapar hacia una zona donde las llamas no habían llegado.

Mis cansadas alas ya no daban más. Una final ráfaga de viento me arrastró lejos de la colmena. Sin fuerza alguna mi cuerpo fue conducido muy lejos.

Cuando mis ojos se cerraban agotados, incapaz de respirar, la vi. La niña. Una humana. Supuse que era mi final y que acabaría aplastado entre sus manos.









5

El dulce olor de las plantas me recibió al despertar. «El paraíso de las abejas es maravilloso», pensé convencido de que había muerto.

Pero no, seguía vivo, apenas con las alas lastimadas.

Me rodeaban algunos frascos de diferentes tamaños. Me tomó unos segundos entender que la niña que había visto, me había conducido hasta allí. Aún no



sabía si sus intenciones eran buenas o si ella era parte de LOS SIN SOMBRA que habían destruido mi colmena.

La niña hizo algo que a veces hacen los humanos, algo que ilumina sus rostros y logra desvanecer toda tristeza, creo que lo llaman sonreír.

Y no intentó aplastarme, ni encerrarme, ni quemarme. Tan solo me miraba y sonreía. Una y otra vez.

Por ahora, yo solo quería saber qué había ocurrido con mi familia. Ella se expresaba en su lenguaje, el cual me resultaba incomprensible. Quise huir de allí; sin embargo, mis alas seguían lastimadas,

aún no estaban listas. Caí dormido una vez más.

Cuando desperté, la niña no estaba. Sobre una mesa cercana había un objeto compuesto de varias capas de superficies blancas que desprendía un dulce e irresistible olor a corteza de árbol. Con pequeños saltos, logré llegar hasta su pálida superficie. Allí reconocí muchos extraños signos trazados con tinta negra y también algunos dibujos parecidos a los que había visto en la cueva de las antiguas abejas.

Durante un largo tiempo, observé con atención todas las escenas allí representadas. Al igual que los trazos de mis

antepasados, aquí se contaba la historia de una colmena en la que los humanos y las abejas se habían unido para crear muchísimas otras colmenas. Este objeto contenía el mismo recuerdo, el mismo secreto oculto en la cueva.

La niña regresó a la habitación. Yo aún temía que me pudiera lastimar; sin embargo, ella tan solo decía palabras incomprensibles. Tomó el objeto que me había cautivado y allí, sobre una sus nacaradas láminas, con un largo utensilio de madera de afilada punta negra, empezó a trazar líneas y formas.

Unos minutos después me enseñó el sorprendente resultado: era yo. Era la primera vez que veía mi reflejo en un lugar diferente al agua.



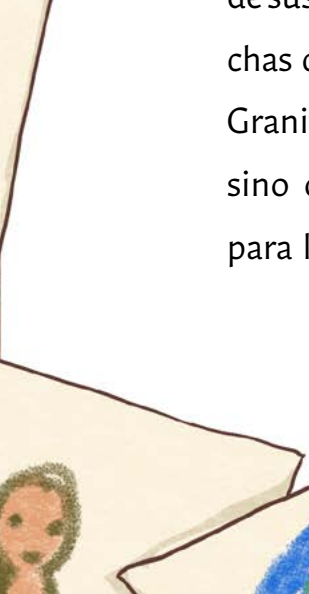


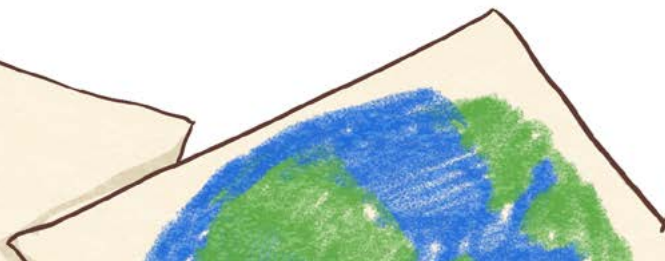


6

Pasaron muchos días junto a ella, junto a Granita. Así decidí que se llamaba, pues cuando hablaba el sonido que escapaba de su boca que más me gustaba era algo parecido a esa palabra.

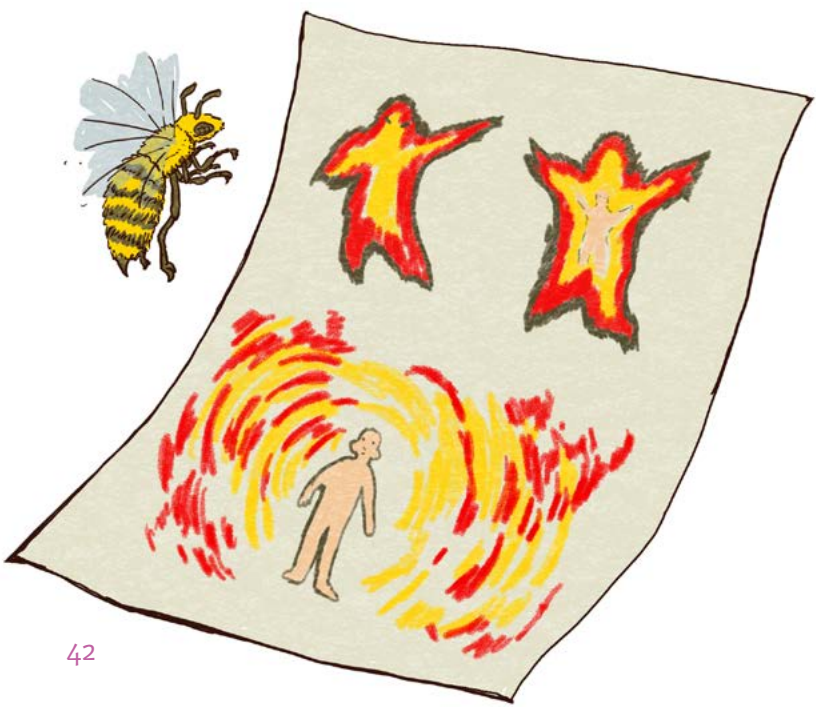
Dia tras día, al contemplar cada uno de sus nuevos dibujos pude aprender muchas cosas de su mundo. comprendí que Granita no solo plasmaba sus recuerdos, sino que allí imaginaba un lugar mejor para los humanos. Esas nuevas historias







mostraban a su familia y a sus amigos regresando a sus casas, a las casas y bosques renacidos. Por supuesto, Granita sabía de LOS SIN SOMBRA; en uno de sus dibujos me mostró que ella creía que podían dejar



de ser crueles y recuperar su sombra.

Con el paso de los días, mis alas mejoraron y así sentí que era hora de regresar a buscar a mi colmena. Volé muy cerca de Granita y la miré por última vez. Aunque sonreía y no intentaba retenerme, de sus ojos escapaban gotas de agua. Algún día futuro, aprendería que a eso los humanos lo llaman «llorar».

En mi lenguaje, le di las gracias y partí de regreso.

Al llegar a mi colmena, todo era desolación. Mis amigos y primos aún se recuperaban de las heridas. Mi mamá aún estaba enferma por culpa del humo.

Tristemente, la reina no había sobrevivido al ataque de LOS SIN SOMBRA.

De la colmena no quedaba mucho, apenas restos quemados. Muchos de los nuestros habían perecido. Aunque mi mamá se alegró de mi regreso, reconocí en su mirada que ya no lucharía por vivir. La tristeza de todo lo perdido había extinguido el espíritu de nuestra colmena. Todos allí esperaban el final.





7

Contagiado por la desesperanza, con una rama trace sobre un resto de una pared de la colmena una línea y luego otra. Sin darme cuenta, había empezado a repetir los mismos dibujos que había visto en la cueva de las abejas y en el objeto para dibujar de Granita.

Llamé junto a mí a las abejas que se encontraban más cerca para que vieran la historia de cuando las abejas y los hombres trabajaron unidos. Todos me miraban



con incredulidad, como si hubiera enloquecido y finalmente se alejaron.

Me quedé solo frente a los trazos que contaban un relato que ya nadie creía.

A la distancia escuché unos pasos de gigantes. En los rostros de la colmena retornó el miedo. Tal vez eran LOS SIN SOMBRA que regresaban a terminar de destruir lo poco que quedaba.

Al frente de un grupo de humanos caminaba Granita, sonriente, claro, como siempre. Las demás personas que venían junto a ella empezaron a recoger los escombros de algunas viviendas cercanas, otros se ocuparon de salvaguardar las

plantas heridas. Granita traía consigo un frasco de miel. Entonces, comprendí lo que ella buscaba.

Pude convencer a algunas abejas de volar hacia ella. No sé si me reconoció, pero me saludó con una de esas palabras humanas que te hacen sentir feliz.



Granita llevaba consigo el objeto donde escondía sus dibujos. En cuanto lo abrió, su olor atrajo a todas las abejas. Al tenernos a todas reunidas en frente suyo, en una de las anacaradas superficies nos enseñó aquella historia de los humanos y abejas trabajando juntos para construir una colmena, muy parecido al que yo acababa de enseñarles.

Las abejas se miraron entre si sorprendidas al darse cuenta de la similitud de las historias allí contadas.

—¡Es la historia que Aurelio nos has mostrado! —exclamó mi mamá señalando la corteza del árbol.

Todos reconocieron la similitud de las escenas hechas por Granita y por mí.

—La reina tenía razón —les dije a todos—: alguna vez fuimos amigos de los humanos y trabajamos junto a ellos para construir nuestro mundo.

En ese momento, Granita nos mostró uno de sus frascos de miel. Ya no era necesario ningún dibujo más para comprender por qué Granita había venido a buscarnos.

Ese fue el inicio del primer día de nuestra nueva colmena, la colmena de Granita y de mi familia, la colmena de las abejas y de los humanos.

No sería fácil que creciera, tomaría tiempo, a muchos el dolor todavía les acompañaba, pero ahora no estábamos solos. Pronto tendríamos una nueva casa, donde la miel nunca escasearía. En un nuevo dibujo de Granita entendí que LOS SIN SOMBRA habían empezado a recuperar su sombra, y muchos ya habían dejado atrás las armas y la destrucción.

Pronto vendrían los días en que la colmena zumbaría sin detenerse, creciendo y multiplicándose sin parar.

...


GRANITA


ITA
NIT
GRAN
RANITA

8

Así fue como conocí a Granita, y así fue como entre los humanos y las abejas empezamos a crear cientos de colmenas de los árboles del río Gualabao, donde ahora puedes probar la miel más deliciosa del mundo.

De vez en cuando me encuentro con Granita, no sé si ella me reconoce, aunque siempre me sonríe y yo a ella. Y claro, juntos dibujamos nuevas historias.









El cuento que acabas de leer es una derivación del testimonio «El legado de las abejas» incluido en ***Cuando los pájaros no cantaban****, tomo testimonial del Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.*

Las páginas de este libro fueron diagramadas con la tipografía Epica Sans, del diseñador nacido en Pasto, Nariño, Oscar Guerrero Cañizares.

EL SECRETO DE LA COLMENA
Colección:
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas
1era edición, enero 2026
ISBN 978-958-717-299-7

Se prohíbe la venta total o parcial de esta publicación. Se autoriza su reproducción gratuita para fines de investigación, incidencia y educación, siempre que se reconozca la fuente.

Libro impreso en Colombia por Panamericana formas e impresos S.A.

COMITÉ EDITORIAL
Editor
Juan Sebastián Montoya

Escritor – Derivador
Miguel Mendoza Luna

Ilustrador
Rafael Yockteng

Diseño Editorial
Elizabeth Cuervo

Tipografía de interiores: Epic Sans
Oscar Guerrero Cañizares

DIRECCIÓN GENERAL, SELECCIÓN Y CUIDADO DE TESTIMONIOS ORIGINALES
Alejandro Castillejo – Cuéllar
Ex comisionado de la Verdad

Andrea del Pilar Mora Manrique
Jefferson Gallego Figueredo
Jorge Andrés Bautista Bulla
Juan Camilo Aljuri Pimiento
Katherine López Rojas

Las historias que componen esta colección fueron derivadas del Tomo Testimonial «Cuando los pájaros no cantaban» del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición – CEV.

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación y la Fundación PLAN han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la precisión de la información contenida en esta publicación al momento de su impresión.

Para más información sobre el uso, reproducción o impresión de esta publicación, por favor contactar a:

Equipo de Comunicaciones – Fundación PLAN
comunicaciones@plan.org.co

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
centromemoriaypaz@alcaldiabogota.gov.co

Alcalde Mayor de Bogotá
Carlos Fernando Galán Pachón

Secretario General
Miguel Silva Moyano

Oficina Consejería Distrital de Paz, Víctimas y Reconciliación – OCDPVR
Isabelita Mercado Pineda

Directora Centro de Memoria, Paz y Reconciliación – CMPR
Andrea del Pilar Mora Manrique

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
Jorge Andrés Bautista Bulla
Jefferson Gallego Figueredo

Fundación PLAN
Presidenta Fundación PLAN
Ángela Anzola De Toro

Vicepresidenta Programática Fundación PLAN
Pamela Escobar Narváez

Vicepresidente de Operaciones Fundación PLAN
Christian Medina López

Directora de Implementación y territorio
Martha Espinosa

Directora de Investigación y Lineamientos Técnicos
María Fernanda Ariza Beltrán

Gerenta de Comunicaciones
Karen Gálvez Cubides

Gerencia de Proyecto
Dora C. Rodríguez Avendaño

Equipo técnico
Profesional especializado
Camila Gómez

Coordinadora de Proyecto
Melissa Marroquín Real

Profesional líder del Proyecto
Paola Piracoca

CENTRO de MEMORIA PAZ Y RECONCILIACIÓN
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

PLAN INTERNATIONAL
Por la niñez en Colombia

CONSEJERÍA DISTRITAL DE PAZ, VÍCTIMAS Y RECONCILIACIÓN
BOGOTÁ

LEGADO COMISIÓN DE LA VERDAD

Con apoyo de:

Universidad de los Andes Colombia





Antes de conocer a la niña Granita, Aurelio solo sabía del miedo: LOS SIN SOMBRA arrasaban bosques y dejaban las colmenas hechas ceniza. Pero una cueva cubierta de dibujos y un cuaderno lleno de trazos humanos le revelan algo olvidado: hubo un tiempo en que abejas y personas soñaban juntas. Entre el rumor del Gualabao y el perfume espeso de la miel, Aurelio deberá decidir si sigue temiendo o si se atreve a creer que hasta los más crueles pueden recuperar su sombra.

ISBN: 978-958-717-299-7